

María de los Ángeles Olay Barrientos

Algunas notas sobre el Posclásico en Colima

Como en otros lugares del Occidente de México, la carencia de crónicas tempranas en Colima, que narren las vicisitudes del encuentro entre indígenas y españoles, ha esparcido una densa cortina de humo que impide rastrear el escenario vivo sobre el cual el conquistador sentó las bases del nuevo orden colonial. Al desastre demográfico sucedido durante los primeros 50 años de forzada convivencia (ampliamente documentada por Sauer, 1948), siguió la construcción de una cosmovisión criolla en la que el mundo indígena terminó por diluirse. Sin embargo no desapareció, más bien fue ignorado.

No fue sino hasta las primeras décadas del siglo xx cuando, como reflejo de las acciones surgidas de los gobiernos de la Revolución, algunos intelectuales colimenses intentaron las primeras miradas al pasado. La búsqueda de una identidad regional pasaba, como en otros lugares, por el reconocimiento de la propia raíz, y si ésta era muy profunda tanto mejor.

Los vestigios arqueológicos, por otro lado, se encontraban al alcance de la mano. La índole de los mismos propició la rápida consolidación de una industria sumamente redituable: el saqueo y venta de las viejas ofrendas depositadas en los antiguos cementerios. El mercado pronto reconoció estilos y cualidades. Los buscadores de tesoros cayeron en la cuenta de que el hallazgo de "monos"—figuras huecas modeladas en barro de excelente manufactura— les redituaba mayores ganancias ya que alcanzaban altos precios y aceptación. Los toscos objetos de piedra (esculturas o inscripciones glíficas) servían tan solo para negociar descuentos a los clientes.

Las diferencias entre ambas expresiones propiciaron otro tipo de interpretaciones. Para el profesor Aniceto Castellanos éstas implicaban connotaciones culturales y temporales importantes, pues era claro que los enterramientos localizados en montículos contenían asociaciones distintas a los encontrados en cuevas labradas en el subsuelo —las famosas *tumbas de tiro*—. Los primeros se encontraban asociados a piedras que tenían diseños teogónicos, los segundos a las bellas vasijas y terracotas modeladas en barro.

Esta idea había sido esbozada hacia 1922 por el doctor Miguel Galindo, quien dividió al estado en cuatro territorios. Las características de la cultura material de cada región lo llevó a concluir sobre el paso de dos pueblos distintos, reflejo de dos razas diferentes. El rasgo distintivo del norte fue la industria de la piedra tallada, la del sur el barro cocido. A la vez, en el oriente encontró evidencias que revelaron una influencia que denominó como *tarasca* y, en el occidente, una "confusa mezcla" de una misma civilización que comenzó su desarrollo "en primitivas y lúbricas costumbres" y que culminaron, sin embargo, en un revelador conocimiento del trabajo en metal. Los rasgos plasmados en las figurillas de barro procedentes de los cuatro rumbos del estado le confirmaron, por otro lado, la existencia de dos razas: "una robusta, rechoncha, braquicéfala, platirrina, de baja estatura y de cara triangular; y otra esbelta, dolicocefala, de mediana estatura y cara ovoidal".

Hacia 1929, el doctor Miguel Galindo arriesgó interpretaciones más audaces respecto al desarrollo cultural



Fig. 1. Vista de las lápidas descubiertas por Vladimiro Rosado en El Chanal, 1945.

prehispánico. Para él era evidente que las expresiones más primitivas y toscas habían sido producto de “miembros de raza otomí”, y que la llegada de invasores toltecas —“raza más culta, de lenguaje superior”— podía observarse en la complejidad simbólica, plasmada principalmente en piedra. Posteriormente, y ya en épocas más tardías, Colima “fue ocupada por los chichimecas y aztecas y posteriormente por los tecos procedentes de las tierras mixtecas”. En suma, Galindo estaba seguro de que Colima, al tiempo de la Conquista, se encontraba “poblado de pueblos y razas distintas, teniendo al norte otomíes, toltecas, chichimecas y aztecas, todas variedades de la misma raza nahoa y, al sur, los tecos, entre los cuales dejó huellas bastante visibles la dominación tarasca”.

Es claro que demostrar los tempranos enunciados de Galindo supuso un reto mayúsculo. No fue sino diez años después de haberlos establecido cuando Isabel Kelly llevó a cabo las primeras exploraciones propiamente arqueológicas en la región (1939), excavando las primeras *tumbas de tiro* en contextos no alterados, es decir, sin saqueos. Meses antes Kelly había encontrado en el interior del escombros de una tumba saqueada, en la locali-

dad de Chanchopa —Tecomán—, los restos de una vasija *naranja delgado*, la cual le permitió ubicar su temporalidad relativa como contemporánea de Teotihuacan. Exhaustivos reconocimientos en diversas localidades de Colima y de buena parte de la extensa área del Occidente le permitieron establecer sus famosas *provincias cerámicas* en la IV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, dedicada al Occidente (1948).

Fue en ese trabajo en el que Kelly enunció *grosso modo* la secuencia cronológica de Colima. Aquí se aprecia ya la evidente dicotomía de sus expresiones arqueológicas: por un lado, la existencia de una suerte de “tradición antigua”, expresada en el desarrollo de una práctica cultural basada en un ritual funerario, cuya expresión básica eran las *tumbas de tiro* y la cerámica mortuoria depositada como ofrenda; por el otro, la presencia de una tradición cultural que mostraba los patrones típicos del resto de Mesoamérica. Es decir, se hacía evidente la imposibilidad de aplicar a la región los típicos esquemas mesoamericanos del Formativo, Clásico y Posclásico. En todo caso en Colima —y en todo el Occidente— existían las evidencias de un Formativo y de un Posclásico.

La ausencia, en sentido estricto, de los rasgos que caracterizaron al Clásico —ocurrencia del fenómeno urbano, acusada jerarquización social, religión institucionalizada, organización económica compleja, entre otros— llevó a renombrados investigadores a señalar que el Occidente habría sido presa de una suerte de *Formativo eterno*, mismo que se habría prolongado prácticamente hasta la caída de Teotihuacan.

En razón de lo anterior, es claro que el camino que conduce a la explicación de los eventos sucedidos en el Posclásico hace necesaria una recapitulación que dé cuenta de los acontecimientos que llevaron al desplome de la cultura de las *tumbas de tiro*. Lo que conocemos hasta ahora, sin embargo, es muy limitado. Se sabe que en la fase *Colima* (iniciada hacia el año 500 d.C.), sucedió el paulatino empobrecimiento de dicha tradición. Las bellas terracotas fabricadas en *rojos y negros pulidos* desaparecieron, dando pie a la irrupción de una gran cantidad de cántaros fabricados en el tipo *rojo sobre naranja* con una característica decoración geométrica. Aparecieron por otro lado los cajetes con bases de pedestal bajas, así como los primeros molcajetes con fondos punzonados

e incisos, y las *tapaderas* con formas de animales. Lo más sobresaliente, sin embargo, fue la irrupción de sitios con evidencias palpables de haber sido planificados, es decir, que se muestran por primera ocasión en superficie. La importancia de esta presencia se complementa con el hecho de que esos sitios dan cuenta del concepto mesoamericano por excelencia: la construcción de plataformas de planta cuadrangular o rectangular localizadas alrededor de plazas o patios de formas similares. A ello se agregó, además, la ocurrencia de esculturas en bulto fabricadas en piedra, que representaban a personajes antropomorfos, sedentes y con la cabeza mirando al cielo.

La fase siguiente —*Armería*— Isabel Kelly la define como una continuidad de la fase *Colima*. En razón de ello en ocasiones es difícil, a partir de los meros materiales cerámicos, determinar cuándo termina una fase y comienza la otra. En todo caso las diferencias se perciben en las formas de enterramiento, las cuales se suceden en pozos excavados en el tepetate o colocados al lado de pequeños muros de piedra. Los emplazamientos *Armería*, por otro lado, se encuentran localizados en posiciones estratégicas —como en lo alto de colinas o barran-



Fig. 2. Vista de las lápidas descubiertas en la exploración de El Chanal, en 1996. Escalinatas de Estructura 3.

cos—. Se hacen presentes, además, figurillas ligadas a la tradición *Mazapa*. La singularidad de los rasgos de esta fase nos lleva a pensar en el desarrollo de una poderosa tradición local que se encontraba, sin embargo, abierta a las irradiaciones culturales procedentes del centro de México. Podría pensarse, en este sentido, que la aceptación social de estas influencias se encontraban tamizadas por una suerte de equilibrio comercial. Tómese en cuenta que la turbulencia causada por la caída de Teotihuacan había quedado atrás y que Tula habría tomado la estafeta de gran organizador político y económico en los altiplanos.

Las fases que integran al Posclásico en Colima —*Chanal* y *Periquillos*— podrían sintetizarse como la etapa de esplendor y decadencia de un desarrollo cultural inédito en el valle de Colima y las cuencas del Armería y El Salado. En el periodo comprendido entre 1 100 y 1 500 d.C., arribó a las faldas de los volcanes de Colima un grupo procedente del centro de México cuya carga cultural se encontraba íntimamente ligada a la tradición tolteca. En virtud de su égida guerrera y de su vocación comercial, estos grupos avasallaron, en corto lapso, a los pobladores asentados en la región. Mediante mecanismos derivados del control ideológico (la religión) y militar, estos

grupos impusieron una estructura económica que privilegió, como un mecanismo de control y desarrollo, el manejo de los recursos, su adecuado aprovechamiento en la producción de bienes destinados al intercambio y al dominio de las rutas comerciales.

La ciudad prehispánica de El Chanal presenta evidencias de haber tenido una ocupación nucleada que se extendió en un espacio cercano a las 200 ha. Su cercanía con la ciudad de Colima y la Villa de Álvarez hizo que sus vestigios fueran conocidos y, desgraciadamente, saqueados. Los reportes efectuados tanto por el primer arqueólogo que la exploró (Vladimiro Rosado), como por las continuas visitas de Isabel Kelly, dieron cuenta de la diversidad de elementos que fueron arrancados al sitio. Entre ellos se menciona el saqueo de un "panteón religioso" en el cual fueron recolectadas más de medio centenar de figuras modeladas en barro, en formas de guerreros con insignias y escudos, así como de sacerdotes con vestimenta de los desollados ofrendados a Xipe. Estas pesadas esculturas, de entre 60 y 90 cm de alto, estuvieron acompañadas por grandes incensarios cilíndricos que mostraban las bigoterías y las grandes anteojeras de Tláloc. Si a ello se agrega el hecho de que Rosado dejó al descubierto —hacia 1945— una grada con 36 inscrip-



Fig. 3. Vista de la exploración de El Chanal Este, temporada 1996.



Fig. 4. Vista de El Chanal Este. Al frente El Patio Alto, al centro la Plaza del Tiempo, al fondo la Plaza del Día y la Noche.

ciones glíficas entre las cuales abundaban las imágenes de Tláloc y Ehécatl, se pudo enunciar que El Chanal se erigió en el poder político y religioso a partir de la institucionalización de la religión y de una ideología militarista. La primera se observa a partir de la recurrente representación de las imágenes de Tláloc, Ehécatl y Xipe. La segunda a partir de la recuperación de grandes guerreros modelados en arcilla. La presencia de abundantes nomencladores calendáricos labrados en lápidas de piedra dan cuenta, a la vez, del empleo del calendario ya como una forma de controlar los *tiempos* de riegos y cosechas, ya como un mecanismo de inscripción de eventos notables en la memoria colectiva.

Hacia el inicio de la década de los noventa se llevaron a cabo las primeras acciones tendientes a lograr tanto la conservación y protección del sitio como su estudio. Si bien la declaratoria respectiva se encuentra aún en trámites, una parte del sitio ha podido ser explorada y abierta al público hacia mayo de 1997. La excavación de una pequeña parte del gran asentamiento nos ofrece importantes elementos para su interpretación, a pesar de que el área trabajada se ubica en un sector severamente dañado por el saqueo.

Entre los elementos rescatables destaca, sin duda, la posibilidad de documentar la arquitectura del lugar, la cual se construyó a partir de un manejo magistral de la piedra bola (cantos rodados). Las construcciones domésticas de El Chanal consistieron en plataformas bajas de planta rectangular, de uno o dos cuerpos cuyos cuatro lados suelen ser totalmente asimétricos entre sí, delimitando patios rectangulares o cuadrangulares. En cuanto a la arquitectura de sus espacios ceremoniales, se observó la ocurrencia del doble templo, el concepto de banquetal-altar y el de altar-plataforma; los recintos de pórticos abiertos con columnas y accesos con gradas labradas a partir de discursos míticos. Al desarrollo del grabado y el relieve en piedra se agregó la abundante presencia de esculturas en bulto, elaboradas a través de una técnica esquemática. En cuanto a las tradiciones cerámicas se observó que la región compartió las típicas cerámicas policromas del Posclásico, decoradas a partir de perfiles de águilas, caracoles cortados, grecas escalonadas y xonecuillis.

En El Chanal se han encontrado indicadores de la manera como Colima fue integrada a los circuitos mesoamericanos de comercio a larga distancia, con el



Fig. 5. Vista del Altar redondo de El Chanal Este. Al fondo la pirámide explorada por Rosado, en 1945.

descubrimiento de cerámicas *plumbate* —características de Guatemala—, y de elementos de metalúrgica cuya técnica y diseños indican una influencia mixteca. La notable abundancia de agujas de cobre parece indicar el desarrollo de una industria ligada a la producción y transformación del algodón. La riqueza generada permitió el arribo masivo de la obsidiana, un recurso particularmente escaso en Colima en fases anteriores. Recientes exámenes de procedencia efectuados en algunas muestras de obsidiana, procedentes de excavación, indican que las vetas de origen se encontraban en La Joya y El Pedernal, en las inmediaciones de Etzatlán, Jalisco. La presencia de obsidiana de otros lugares, sin embargo, indica que el comercio se dirigió hacia diversos ámbitos regionales.

Hacia el inicio del siglo xv, sin embargo, algún evento todavía no documentado satisfactoriamente propició el paulatino abandono del gran asentamiento del valle de Colima. La última fase toma el nombre del poblado prehispánico de *Periquillos*, ubicado sobre la margen derecha del río Armería, sobre la planicie costera. El lugar muestra una suerte de decadencia del esplendor logrado por los grupos dirigentes de El Chanal. Para Kelly, la dife-

rencia entre los materiales de este sitio y el de Periquillos radica en que en el primero la influencia de Tula-Mazapa es abrumadora, en contraste de Periquillos, en donde se manifiesta austera. Es de llamar la atención, en todo caso, que ante la inminente llegada de los españoles a Colima, el gran sitio de El Chanal ya era historia, y de que el sitio de Periquillos parecía estar aún en funciones. La pérdida de la relación donde Gonzalo de Sandoval relata a Hernán Cortés las vicisitudes de la conquista, así como la ausencia de la respectiva *Relación Geográfica de Colima*, impiden saber cómo se dieron los primeros encuentros y las primeras impresiones sobre estos pueblos y pobladores.

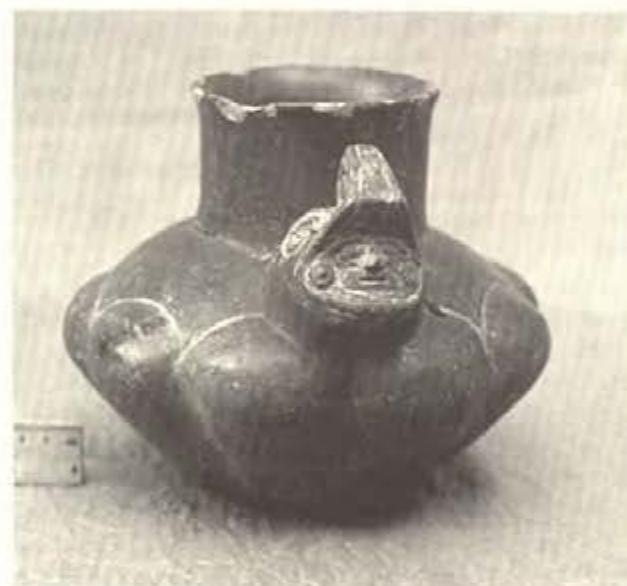
Enlazar la información vertida sobre el mundo indígena, a partir de la documentación española de mediados del siglo xvi, supone algunos peligros. El más evidente, sin duda, es que se trata de información sancionada a través del tamiz de los intereses de la administración española, así como de los conquistadores y colonizadores españoles. Sin ser este tema el objetivo de nuestro escrito, quisiera traer a cuenta un dato por demás interesante. En la famosa *Relación* de Lorenzo Lebrón de Quiñónez sobre Colima, el oidor afirma que durante su visita se encontró ante la existencia de hasta treinta y tres lenguas

distintas en un radio de diez leguas: “treinta y tres lenguas diferentes, que unas a otras no se entienden y en muchos pueblos pequeños hay tres y cuatro diferencias de modos de hablar” (Lebrón, 1979).

La pregunta derivada de este comentario tiene que ver con la idea de si efectivamente existió tal diversidad lingüística y si esto expresa asimismo una diversidad étnica. En todo caso debe tenerse en cuenta el hecho de que las *reducciones* y los *repartimientos* habrían propiciado un nuevo orden de poblamiento indígena que no reflejaba necesariamente los modos de vida antiguos. El elemento que nos interesa retomar, en todo caso, es la cuestión de si ciertamente en la región convivían grupos de origen diverso y de características culturales distintas.

Debe señalarse, en este sentido, la dificultad que supone enlazar a un grupo étnico específico con algún tipo particular de cultura material. En el caso del *corpus* arqueológico, el material más abundante y común suele ser la cerámica. A partir del análisis de sus características y su ocurrencia en el tiempo, se han podido establecer las secuencias cronológicas de diversos lugares. Estas frecuencias temporales, sin embargo, resultan ser de un orden general pues rastrear con especificidad a una cultura muerta requiere de un registro más amplio de evidencias materiales, así como del necesario soporte que dan los fechamientos absolutos. Éstos, por otro lado, siguen restringidos en Colima. Las causas van desde el enorme daño y contaminación causados a los contextos culturales por los buscadores de tesoros, hasta la carencia de proyectos de investigación interdisciplinarios y de largo plazo, pues hasta ahora buena parte de los trabajos han derivado de rescates arqueológicos cuya información y materiales rara vez alcanzan presupuestos que permitan su sistematización y estudio.

En todo caso la pregunta sigue ahí: ¿es posible saber de la existencia de una diversidad étnica a partir de su sola cultura material? La respuesta nos parece indicar que no. El asunto tiene que ver con variables tan complejas como la organización social y los avatares económicos y políticos de los pueblos en cuestión. Como lo mencionamos en párrafos anteriores, al desarrollarse en El Chanal una elite militar y política poderosa, parece ser que las variables económicas fueron organizadas de tal manera que la producción de materias primas contemplara tanto el sostenimiento de sus numerosas poblaciones, como el cuidado de aquéllas destinadas a generar la riqueza que permitiera el intercambio comercial. Es decir, desde el cultivo del maíz, frijol, chile y calabaza hasta el del algodón, el añil y el cacao. La presencia de un poblado tan organizado como El Chanal se debió, a la



Figs. 6 y 7. Vistas de una vasija Naranja Pulido, que reproduce las formas características de las vasijas Plumbate.

vez, al desarrollo de gremios de artesanos que fabricaban tanto las herramientas de trabajo —sería el caso de los talleres de obsidiana o el de los metalurgistas que fabricaban las solicitadas agujas y punzones metálicos—, como la elaboración de objetos destinados al intercambio. La presencia de alfareros que producían toda suerte de objetos es, en este sentido, evidente.

Se quiere resaltar el hecho de que al tornarse más compleja una sociedad, sucede una suerte de estandarización

en sus formas, toda vez que los objetos son fabricados de manera intensiva. Esto es lo que se observa en El Chanal. Una avasalladora muestra de ollas de todos tamaños, la irrupción de una suerte de amplias cazuelas con impresiones digitales en el exterior, la constante recurrencia de cajetes trípodes con fondos punzonados y la novedosa presencia de amplios comales con bordes altos y asas laterales. La cerámica suntuaria muestra, por otro lado, cajetes y cántaros policromos cuyos diseños conforman perfiles de aves con amplios penachos de plumas, glifos, caracoles cortados, grecas escalonadas y vírgulas asociadas a numerales.

Lo interesante de este asunto tiene que ver con que esta expresión cerámica es recurrente a un ámbito más amplio que abarca los sitios de Cojumatlán y Tizapán, localizados en la ribera sur del lago de Chapala, en sitios registrados por Kelly en Autlán y Tuxcacuesco, en la cuenca de Sayula, en los valles de Tuxpan y Tamazula y, por último, en buena parte de la costa norte de Michoacán, en el área conocida como Motines. Como se puede apreciar, la aparente homogeneidad estilística abarcó el sudoeste de Jalisco, la cuenca sur de Chapala, el total del Eje Armería en Colima y la costa norte de Michoacán. No obstante, la ocurrencia de tal fenómeno no sustenta la factibilidad de una homogeneidad política ni mucho menos una homogeneidad étnica.

La conclusión que aparece esbozada en esta discusión tiene que ver con el hecho de que diversos grupos participaron de una cultura material, si no única, sí muy parecida, limitando la discusión referida a su sola utilización como parámetro indicador de grupos sociales específicos. En todo caso, considero que un elemento que podría conducirnos a una explicación más convincente sería el de rastrear la base económica de estos pueblos. En el caso de Colima, el bagaje material de la tradición antigua —la constructora de las *tumbas de tiro*— carecía de comales, es decir, que el maíz se comía transformado en tamal, *pozol* o pinoles. Cuando esta tradición comenzó a decrecer fue cuando aparecieron los primeros comales simples y los cajetes de fondos punzonados. En la fase *Chanal*, los comales y molcajetes de barro se multiplicaron exponencialmente, dando pie a considerar como un hecho la alimentación a base de tortillas y salsas. Esta forma de nutrirse nos deja en claro la notable transformación efectuada en la vida cotidiana de estos pueblos; ahora, ¿hasta qué punto el lenguaje y la composición étnica nativa dan cuenta de estos cambios?

Las nuevas investigaciones permitirán definir con mayor certeza los complejos procesos del intercambio y las migraciones sucedidas en el territorio centro occiden-

tal de Mesoamérica hacia el año 1100 de nuestra era. Si bien la caída de Tula ha permitido sustentar la hipótesis que indica la llegada de sus antiguos pobladores a nuestras regiones de estudio, como una forma de explicar una aparente homogeneidad cultural, no debemos echar en saco roto el hecho de que la propia Tula era un crisol multiétnico que no ha podido ser esclarecido suficientemente.

En todo caso no olvidemos que el doctor Galindo menciona la presencia de una diversidad de grupos de habla nahoa en el valle de Colima, de una intrusión mixteca en la costa y de oleadas culturales tarascas. Los pobladores de habla nahoa parecen, según los parámetros culturales mencionados con anterioridad, haber sido una constante en Colima a partir del año 600 d.C. Las oleadas culturales tarascas, por otro lado, son evidentes no sólo en las formas cerámicas que intentan ser copias de sus características y bellas vasijas, sino también en los continuos intentos de los tarascos por apropiarse de una región con recursos altamente estimados. El asunto de la intrusión "mixteca", sin embargo, es la más sugerente y la que podría proporcionar mayores luces al desarrollo cultural de Colima.

Como buena parte de los lectores sabe, la tradición *Aztatlán* —una tradición surgida en las planicies costeras del norte de Nayarit y el sur de Sinaloa— fue definida hacia 1932 por Sauer y Brand. Su bella cerámica policroma —con diseños tipo código— hizo que se le relacionara con las conocidas cerámicas mixtecas. Las exploraciones efectuadas en los últimos años, sin embargo, han dejado en claro que el fenómeno *Aztatlán* fue más temprano —su etapa de mayor esplendor oscila entre el 900 y el 1200 d.C.—. Los portadores de esta tradición presentaron un *corpus* de cultura material que da cuenta de su complejidad social basada en el dominio de la, entonces, tecnología de punta: la metalurgia. A estos rasgos sobresalientes se agregaron la elaboración de figurillas tipo Mazapa, la cerámica Plumbate y la abundancia de artefactos fabricados en cobre. Es muy probable que los rasgos que Galindo identificó como "mixtecos", muy bien podrían ser identificados como *Aztatlán*.

Como se puede observar, preguntas básicas relativas al *¿cómo?*, *¿cuándo?* y *¿quiénes?* tardarán un tiempo para ser respondidas a cabalidad. En todo caso, es interesante remarcar el hecho de que la supuesta simplicidad de los desarrollos regionales del Occidente mesoamericano distan mucho de serlo. Las respuestas darán cuenta del largo camino recorrido por sus sociedades en la construcción de los componentes que moldearon su devenir histórico.

Bibliografía

- Castellanos, Aniceto, "Riqueza y primor de la arqueología colimense", en *Crónicas y lecturas colimenses*, Ricardo Guzmán Nava (ed.), Guadalajara, Impre-Jal, 1988, pp. 215-225.
- Galindo, Miguel, "Bosquejo de la geografía arqueológica del estado de Colima", en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, t. I (cuarta época), México, 1922.
- Kelly, Isabel, "The Archaeology of Autlan Tuxcacuesco area of Jalisco: the Autlan zone", en *Iberoamericana*, núm. 26, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1945.
- , "Ceramic provinces of northwest México", en *El Occidente de México*, IV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1948, pp. 55-71.
- , "Seven Colima Tombs: an interpretation of ceramic content", en *Contributions of the California Archaeological Research Facility*, núm. 37, I, Berkeley, University of California, 1978, p. 28.
- , "Ceramic sequence in Colima. Capacha an early phase", en *Anthropological Papers of the University of Arizona Press*, Tucson, 1980.
- , "Some gold and silver artefacts from Colima", en *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica*, Michael Foster y Phil Weigand (eds.), Boulder and London, Westview Press, 1985.
- Lebrón de Quiñónez, Lorenzo, "Relación sumaria de la visita que hizo en Nueva España el Licenciado Lorenzo Lebrón de Quiñónez a doscientos pueblos", en *Documentos para la historia del estado de Colima, siglos XVI-XIX*, José A. Calderón (ed.), México, Novaro, 1979, pp. 27-106.
- Meighan, Clement y Leonard J. Foote, *Excavations at Tizapan El Alto*, Los Angeles, University of California, Latin American Studies, 11.
- Odena Güemes, Lina, "La composición étnica en el Postclásico y la cuestión chichimeca", en *Mesoamérica y el Norte de México, siglos IX-XII*, Seminario de Arqueología Wigberto Jiménez Moreno, coordinado por Federica Sodi Miranda, México, INAH, 1990, pp. 451-458.
- Olay, María de los Ángeles, "Memoria del Tiempo. La arqueología de Colima" en *Historia General de Colima*, t. I, México, Gobierno del Estado de Colima/Universidad de Colima/CNCA, 1997.
- , *El Chanal, Colima. Lugar que habitan los custodios del agua*, México, INAH/Universidad de Colima (en prensa).
- Ramírez Urrea, Susana, "La cerámica de la fase Amacueca de la Cuenca de Sayula", en *Estudios del Hombre*, núm. 3, Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Estudios del Hombre, Universidad de Guadalajara, 1996, pp. 81-126.
- Rosado Ojeda, Vladimiro, "Interpretación de la grada jeroglífica de El Chanal, Colima", en *El Occidente de México*, IV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1948, pp. 72-73.
- Sauer, Carl, "Colima of New Spain in the Sixteenth Century", en *Iberoamericana*, núm. 29, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1948.
- Sauer, Carl y Donald Brand, "Aztatlan: Prehistoric Mexican frontier on the Pacific Coast", en *Iberoamericana* 1, University of California Press, Berkeley, 1992.
- Schöndube, Otto, "Etapa Prehispánica", en *Historia de Jalisco*, México, Gobierno del Estado de Jalisco/INAH, 1980.
- , *El pasado de tres pueblos: Tamazula, Tuxpan y Zapotlán*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara (Libros de Tiempo de Ciencia, 7), 1994.
- Sociedad Mexicana de Antropología, *El Occidente de México*, IV Mesa Redonda, México, 1948.

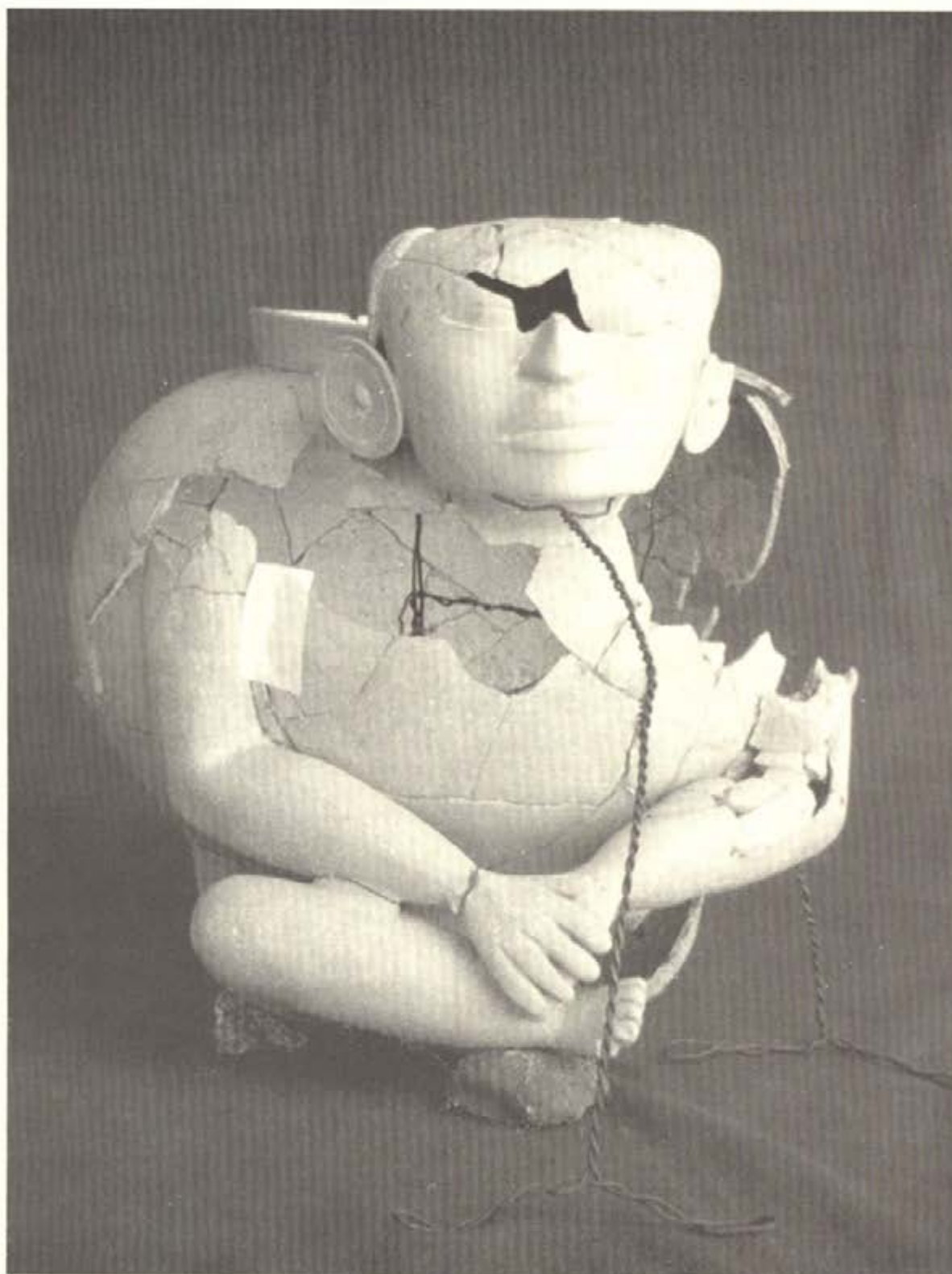


Fig. 11. Olla antropomorfa con rasgos teotihuacanos. Procede de Tres Cerritos.